

conseguido mas, si hubiesen tenido menos precipitación en introducir los ritos, la liturgia, la disciplina y las prácticas de la Iglesia romana; todo lo que no era conforme á estas reglas, les parecia herético á aquellos misioneros, porque no estaban competentemente instruidos en los antiguos ritos de las Iglesias orientales. Los *etiopes*, adheridos á lo que habian practicado siempre, se rebelaron con una variación tan completa y tan absoluta como la que se les exigía; echaron y maltrataron á los misioneros, y en vano se trató despues de volver á penetrar en aquel país. Si se hubiesen limitado á hacerles abjurar el etiquianismo, se habria conseguido con el tiempo el que fuesen dejando poco á poco las prácticas que pudiesen ocasionar errores.

Este infausto suceso de las misiones de Etiopia fué para los protestantes un motivo de triunfo. La *Croze* parece no haber escrito su *Historia del Cristianismo de Etiopia*, sino para notar las pretendidas ó verdaderas faltas del obispo portugues Méndez, patriarca ó único obispo de aquel país. Moshem habla de él en el mismo tono, *Hist. ecclés.*, sig. XVII, sec. 2.ª, segunda parte, c. 1.ª § 17. El principal objeto de Ludolf en su *Historia de Etiopia* fué persuadir que la creencia de este pueblo es la misma que la de los protestantes, y que si se hubiese hecho católico, su religion seria mucho peor de lo que es en el día.

Pero no se precian todos estos escritores de buena fe, ni de escrupulosidad en su narración. Por la liturgia de los *etiopes*, por sus profesiones de fe, y por sus libros eclesiásticos, se prueba que en todos los puntos controvertidos entre los protestantes y nosotros, los cristianos de Abisinia piensan del mismo modo que la Iglesia romana. Este es un hecho que los protestantes no pueden contradecir con decencia, porque en los tomos 4.º y 5.º de la *Perpetuidad de la fe*, presenta el abate Renaudot pruebas irrecusables de esta verdad. Asi Moshem, mas circunspecto que Ludolf y La *Croze*, se limitó á copiar lo que dijeron estos sobre las misiones; pero tuvo la prudencia de no hablar una palabra sobre la fe y las prácticas religiosas de los *abisinos*.

Estos pueblos tienen la Biblia traducida á su idioma. Véase *BIBLIA ETIOPICA*. Admiten como canónicos todos los libros que nosotros recibimos por tales sin excepcion alguna; pero no es cierto que miren la Sagrada Escritura como unica regla de su fe y de su conducta. Respetan mucho las decisiones de los antiguos concilios y las obras de los PP., especialmente las de S. Cirilo de Alejandria, objetos que solo desechan. el concilio de Calce-

donia, por creer equivocadamente que en él fué condenado S. Cirilo. Están sumisos á los antiguos cánones, que se llamaron *Cánones arabigos del concilio de Nicea*; y por adhesion, no á la letra de la Sagrada Escritura, sino á sus antiguas tradiciones, están obstinados en el cisma.

No están en error alguno sobre el misterio de la Santísima Trinidad; creen firmemente la divinidad de Jesucristo: lo mismo dicen anatema contra Nestorio, que contra Eutiques, porque en su concepto Eutiques confundió en Jesucristo las dos naturalezas: convienen en que hay en él naturaleza divina y humana, *sin confusion*; y por una contradicción grosera sostienen que estas dos naturalezas se hicieron por la union una sola naturaleza. Este es el error general de los jacobitas ó monofisitas.

Se ven entre ellos siete sacramentos como en la Iglesia romana; pero se les acusa de renovar su bautismo todos los años el día de la Epifanía: algunos de ellos pretendieron probar que no miraban este bautismo anual como un sacramento, sino como una ceremonia destinada á honrar el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo.

Sus sacerdotes, como los de las otras comuniones orientales, administran la confirmación; pero creen que solo los obispos pueden conferir la ordenación. Algunos de sus patriarcas ó metropolitanos suprimieron la confesion; pero sin embargo es seguro que la practicaban antes, siguiendo en este punto la práctica de la Iglesia de Alejandria.

En su liturgia, igual á la de los *coptos* de Egipto, profesan claramente la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia y la transustanciación, y adoran la Hostia consagrada antes de la comunión: respetan mucho los altares y santuarios de sus iglesias, y miran la Eucaristia como un sacrificio. El abate Renaudot y el P. Le Brun acusan con razon á Ludolf de haber traducido con mucha infidelidad los trozos que citó esta liturgia.

Tambien se nota entre ellos la invocación de los santos, especialmente de Nuestra Señora, á quien honran con un culto particular, la confianza en su intercesion, el *Memento* y oraciones por los difuntos. Los *etiopes* tienen imágenes y cuadros de devoción; practican todas las ceremonias reprobadas por los protestantes, las bendiciones, los incienso, el culto de la cruz, el uso de las velas y lámparas en sus iglesias. Conservaron los ayunos, las abstinencias, los votos monásticos, y tienen religiosos y religiosas en número muy considerable. Lo mas singular es que Ludolf y sus

copiantes, al paso que reprueban en la Iglesia romana todas estas prácticas como supersticiones y abusos, las excusan ó las aprueban en los *etiopes*, por su odio contra el catolicismo.

Practican tambien la circuncision; y si se les pregunta por qué, responden que no la miran como una observancia religiosa, sino como una tradicion de sus padres. Pudo tal vez introducirse en Etiopia por razones de salubridad y aseo, como antes entre los egipcios.

El divorcio y la poligamia se establecieron entre ellos, y esto es un desorden; pero es difícil que en un clima tan abrasador haya costumbres tan puras como en las regiones templadas; no obstante, el cristianismo habia producido allí en otro tiempo este prodigio. Los *etiopes* tienen tambien sacerdotes y diáconos casados; pero nunca permitieron que unos y otros se casasen despues de su ordenación. Su obispo ó patriarca, es regularmente un monje sacado de los monasterios *coptos* de Egipto: le llaman *Abuna*, que quiere decir *nuestro Padre*, y le tienen mucho respeto.

Conviene saber tambien que la lengua etiopica, en que los *abisinos* celebran su liturgia, no es la lengua vulgar de este país; se parece mucho al hebreo, y mucho mas al árabe.

Aunque el cristianismo de los *abisinos* ó *etiopes* no sea puro, es sin embargo evidente que los dogmas católicos que conservaron eran la doctrina universal de las Iglesias cristianas, cuando se separaron de ellas en el siglo VI. Luego muy fuera de razon acriminan los protestantes á la Iglesia romana por todos estos dogmas, como novedades que dicen han introducido en los siglos posteriores; y que se han servido de este falso pretexto para separarse del catolicismo. Todo lo que indagaron entre las diferentes sectas de cristianos cismáticos y herejes, solo sirvió para su confusion y para poner mas en claro la temeridad de los pretendidos reformadores del siglo XVI.

Segun las relaciones de los viajeros, los *abisinos* son de buen natural, propensos á la verdad y á la virtud, y se hallan entre ellos muchos menos vicios que en muchos países de Europa. En sus conversaciones respetan la decencia y la pureza de costumbres. Nada es mas opuesto á su natural que la crueldad: sus rias mas acaloradas, aun en la embriaguez, se reducen á algunos palos ó puñadas: sus disputas concluyen con el dictamen de un árbitro prudente. Son dóciles y desapejados; y si las ciencias no están mas cultivadas entre ellos, es mas por falta de medios que por falta de capacidad natural. Están enteramente cer-

rados por todas partes; de modo que no pueden salir de su país, ni nadie ir á él sin los mayores riesgos. Las mujeres entre ellos no están encerradas como en los demás países cálidos, y nada se dice en orden á que tengan esclavos. *Histoire universelle*, in-8.º, t. 24, l. 20, c. 3, p. 400. *Mémoires géographiques, physiques et historiques sur l'Asie, l'Afrique et l'Amérique*, t. 3, p. 309 y 313. Hé aqui una prueba demostrativa de los saludables efectos que en todas partes produce el cristianismo, y que ningun clima puede oponerle obstáculos insuperables. «La religion cristiana, dice Montesquieu, es quien, á pesar de la grandeza del imperio y el vicio del clima, impidió que el despotismo se estableciese en Etiopia, y llevó al corazon de Africa las costumbres y leyes de Europa. El príncipe heredero de Etiopia disfruta de un principado, y da á los demás súbditos ejemplo de amor y de obediencia; cuando allí immediato se ve que el mahometismo obliga á encerrar los hijos del rey de Senar, y cuando este muere, el consejo los manda degollar para seguridad del que sube al trono.» *Esprit des loix*, l. 24, c. 3.

Por lo tanto, es una desgracia, por mas que digan los protestantes, que los *abisinos* estén empeñados en el cisma y la herejía: si se restableciese entre ellos la religion católica, se introducirían á la vez la civilizaci6n, las artes y las ciencias, y haría la Etiopia mas accesible á los extrangeros.

**Etiopios.** Herejes del siglo VII, que querian conciliar la profesion del cristianismo con las supersticiones de los paganos, como la astrológia judiciaria, los sortilegios, los agüeros y todas las diferentes especies de divinación. Practicaban las explicaciones de los gentiles, celebraban sus fiestas, observaban como ellos los dias felices ó aciagos, etc. De aqui viene el nombre de *etiopios*, compuesto de *etic*, gentil, pagano, y de *opios*, no pienso, soy de parecer, porque conservaban las opiniones de los paganos bajo la máscara del cristianismo. S. Juan Damasceno, *háeres.*, n. 94.

Prueba este empeño que no ha sido fácil desarraigarse de naciones enteras los errores y absurdos con que el politeísmo habia infestado al género humano; y que si el cristianismo llegara á extinguirse, no tardaría en renacer esta enfermedad.

**Eucaristia.** Misterio ó sacramento de la nueva ley, llamado así del griego *Eucharista*, acción de gracias. Leemos en los evangelistas que Jesucristo, despues de haber celebrado la cena con sus apóstoles la víspera de su muerte, tomó pan y vino, *dió gracias á su Padre*, los

hendijo, partió el pan y lo distribuyó á sus apóstoles, diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo*; que después les presentó, la copa del vino, y les dijo: *Bebed todos de ella, esta es mi sangre, etc. Haced esto en memoria de mí*. Por otra parte la *Eucaristía* es el principal medio por el que los cristianos tributan gracias á Dios por Jesucristo del beneficio de la Redención.

Se le llama también *cena del Señor* á causa de la circunstancia en que fué instituida; *comunión*, porque es el lazo que une á los fieles entre sí y con Jesucristo; *Santo Sacramento*, y entre los griegos *santos misterios*, porque es el mas augusto de los signos establecidos por Jesucristo para darnos la gracia; *Vitico*, cuando se administra á los fieles próximos á pasar de esta vida á la otra. Los griegos llaman también á la celebración de este misterio *synaxis* ó asamblea, y *eulogia*, bendición, por las mismas razones; las demás sectas orientales la llaman *anaphora*, oblación.

Segun la creencia de la Iglesia católica, 1.<sup>o</sup> La *Eucaristía*, bajo las apariencias del pan y del vino, contiene real y sustancialmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y por consiguiente su alma y su divinidad. 2.<sup>o</sup> Jesucristo se halla en la *Eucaristía*, no con la sustancia del pan y del vino, sino por transustanciación, de modo que no queda mas de estos alimentos que las especies ó apariencias. 3.<sup>o</sup> Jesucristo no solo subsiste en la *Eucaristía* mientras se usa, sino que se conserva en un estado permanente. 4.<sup>o</sup> Debe ser adorado. 5.<sup>o</sup> Se ofrece en la *Eucaristía* á su Padre por mano de los sacerdotes. 6.<sup>o</sup> La *Eucaristía* es un verdadero sacramento, pues tiene todos sus caracteres. 7.<sup>o</sup> Es una obligación para los cristianos el recibirle por la comunión. Todos estos puntos de doctrina se profesan y fueron decididos por el concilio de Trento, sesión 13, pero no hay uno de ellos que no haya sido disputado ó alterado por los protestantes; por tanto todos exigen una discusión.

I. *Presencia real de Jesucristo en la Eucaristía*. Este es el punto capital de la doctrina cristiana en orden á este misterio; tan luego como queda probado, todo lo restante se deduce por consecuencias evidentes, y todos los errores se encuentran refutados.

No es de admirar que este dogma haya sido atacado desde los primeros siglos de la Iglesia; tiene una relacion tan próxima con el misterio de la encarnación, que no es posible impugnar á este último sin herir al primero. Así las sectas de los gnósticos que sostenían que Jesucristo no tenía sino una carne fantástica y aparente, no podían admitir el que

su cuerpo estuviese realmente en la *Eucaristía*. S. Ignacio, *Epist. ad Smyrn.*, n. 7. En el tercer siglo, opinaban los maniqueos acerca de este punto como los gnósticos; por *Eucaristía* entendían las palabras y la doctrina de Jesucristo. V. MANIQUEOS, § 2.

En el VII, los *paucianos*, vástagos de los maniqueos, negaban la conversión del pan y del vino en cuerpo y sangre de Jesucristo, *Bibliol. Max. PP.*, t. 46, p. 756. Los albigenses, sus sucesores, hicieron lo mismo en los siglos XI y XII. En el IX, la presencia real fué impugnada por Juan Scot, llamado *Erigenes*, ó el libernense, que habia sido preceptor de Carlos el Calvo. Este escritor, á quien los protestantes quisieron hacer pasar por un gran genio, no era en verdad mas que un escolástico muy duro en su estilo. Su obra acerca de la *Eucaristía*, conocida apenas por tres ó cuatro de sus contemporáneos, hubiera quedado sepultada en un eterno olvido, si los calvinistas no la hubiesen sacado de él. El monje Pascasio Rathert, que la refutó, eramejor teólogo y escribía mucho menos mal que él. Berengario, arcediano de Angers, metió un poco mas ruido en el siglo XI; negó abiertamente la presencia real y la transustanciación. Se celebraron en Francia y en Italia diversos concilios adonde fué llamado; compareció, fué convencido de error y se retractó; pero se duda si sus retractaciones fueron sinceras. V. BERENGARIOS.

En el XVI, los pretendidos reformadores impugnaron la *Eucaristía*, pero no se han convenido entre sí. Lutero y sus secuaces, admitiendo la presencia real, refutaban la transustanciación, defendiendo desde luego que la sustancia del pan y del vino permanece con el cuerpo y sangre de Jesucristo; mas segun parece es esta ya la opinion de los luteranos.

Zuinglio, al contrario, enseñó que la *Eucaristía* no es mas que la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, á la cual se da el nombre de las cosas que representa.

Calvino ha pretendido que la *Eucaristía* contiene solamente la virtud del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; que no se les recibe en este Sacramento, sino por la fe y de un modo espiritual. Los anglicanos adoptaron esta doctrina, y se puede ver en la *Historia de las variaciones*, por M. Bossuet, las divisiones que estos diversos pareceres han causado entre los protestantes.

Segun Calvino, el dogma de la presencia real y el culto de la *Eucaristía*, universalmente establecido en la Iglesia romana, es una verdadera idolatría, un abuso

suficiente para justificar el cisma de los protestantes; sin embargo, por una inconsecuencia evidente, Calvino y sus secuaces consiguieron en fraternizar en asuntos de religion con los luteranos que creían la presencia real.

Por una parte, Lutero defendió con todas sus fuerzas que las palabras de Jesucristo, *este es mi cuerpo*, contienen evidentemente una presencia real; por otra, Calvino replicó que es imposible admitir una presencia real sin suponer también una *transustanciación*, sin autorizar el culto de la *Eucaristía*; la Iglesia católica, pues, no ha dejado de tener razon en retener estos tres puntos de creencia.

Nunca se ha agitado disputa alguna con mas calor por una y otra parte; jamás una cuestion se ha embrollado con mayor sutileza por parte de los novadores, ni ha sido mejor discutida por los teólogos católicos. Hé aquí un resumen de las razones alegadas por estos últimos.

Prueban la verdad de la presencia real por dos medios, uno que llaman de *discusión*, y otro de *prescripción*. A estos dos se puede añadir un tercero que es el de las *consecuencias*.

El primero consiste en probar la presencia real por los textos de la Escritura santa, de los cuales unos contienen la promesa de la *Eucaristía*, los otros su institución, y los terceros el uso de este sacramento.

4.<sup>o</sup> En cuanto á la promesa, Jesucristo dice, *Juan.*, vi, 52: «El pan que yo daré por la vida del mundo, es mi propia carne... Mi carne es verdaderamente un alimento, y mi sangre una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí, y yo en él, etc.» Los judíos y los discípulos de Jesucristo entendieron esta promesa á la letra, por lo que se escandalizaron los judíos en vista de tal promesa, y muchos de ellos se retiraron. Si no hubiera tratado mas que de una simple figura, no es de presumir que Jesucristo hubiese querido decirlos en el error.

2.<sup>o</sup> Las palabras de la institución son todavía mas claras. El Salvador dijo á sus apóstoles: «Tomad y comed, este es mi cuerpo dado ó entregado por vosotros; segun S. Pablo *hecho trozos á destrozado* por vosotros. Bebed de esta copa, es mi sangre derramada por vosotros.» *Mat.*, xvi, 26; *Marc.*, xiv, 22; *Luc.*, xiii, 49; *I Cor.*, xi, 24 y 25. «En qué sentido es el pan entregado por nosotros? ¿una copa de vino esderamada por nosotros? Jesucristo substituyó la *Eucaristía* á la pascua; si no hubiera establecido mas que una figura de su cuerpo y de su sangre, el cordero que aca-

baba de comer lo hubiese representado mucho mejor.

Seria alargarnos demasiado el refutar todas las sutilezas gramaticales por cuyo medio los calvinistas trataron de oscurecer el sentido de todo estos pasajes.

3.<sup>o</sup> Hablando del uso de este Sacramento, dice S. Pablo, *I Cor.*, x, 16: «El cáliz que bendecimos ¿no es la comunicacion de la sangre de Jesucristo? Y cuando dividimos el pan que bendecimos, ¿no participamos tambien del cuerpo del mismo Señor?» *Cap.* xi, v. 27: «El que hubiere comido este pan, ó bebido el cáliz del Señor indignamente, sera culpable de la profanación del cuerpo y de la sangre del Señor, v. 29: porque el que hace esto con mala conciencia, y no considera la gran diferencia que hay entre el cuerpo y sangre de Jesucristo y las demás comidas carnales, á sí mismo se condena, y provoca contra sí la ira del Señor.» ¿Hubiera podido decir esto S. Pablo acerca de la pascua, la cual era seguramente la figura de Jesucristo inmolado por nosotros?

4.<sup>o</sup> El sentido de las palabras de Jesucristo no puede conocerse mejor que por la practica de los primeros fieles. S. Juan, en el Apocalipsis, v, 6, hace una pintura de la liturgia de los apóstoles; representa en medio de una asamblea de sacerdotes un altar y un cordero en estado de víctima, al cual se tributan honores de la Divinidad. S. Justino cincuenta años despues nos la pinta del mismo modo, *Apol.*, I, n. 63 y sig. Por tanto mismo se ha creído que Jesucristo estaba realmente presente en la ceremonia; la pretendida idolatría de la Iglesia romana trae la fecha desde el tiempo de los apóstoles.

Los protestantes concuerdan tan bien las consecuencias de este cuadro, que, para establecer su doctrina, les ha sido preciso desechado el Apocalipsis, suprimir el altar, los sacerdotes, las oraciones, y todo el aparato del sacrificio.

Dicen que con frecuencia se ve en la Escritura Santa que el signo recibe el nombre de la cosa significada; así José, explicando á Faraon el sueño que este rey tuvo, le dice, *Gen.*, xli, 2: «Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas son siete años de abundancia.» Daniel para aclarar á Nabucodonosor el sentido de la vision que tuvo, le dijo, ii, 38: «Vos sois la cabeza de oro.» Jesucristo, explicando la parábola de la simiente, *Mat.*, xiii, 37, dice: «El que siembra es el hijo del hombre, etc.» S. Pablo, hablando de la roca de la cual Moisés hizo salir agua, *I Cor.*, x, 4, dice: «Esta piedra era Jesucristo.»

Mas el Salvador al instituir la *Eucaristia* no explicó ni un suñito, ni una vision, ni una parabola, ni un tipo de la antigua ley. Al contrario, puso una realidad en vez de las figuras; estableció un sacramento que debia renovarse frecuentemente, y cuya naturaleza era muy importante explicar con claridad para no dar lugar á ningun error. No era pues esta la ocasion de dar á un signo el nombre de la cosa significada. Si Jesucristo y los apóstoles usaron de este equivoco, cuyo abuso prevenian cuidadosamente, tendieron á la Iglesia cristiana un lazo inevitable.

Por otra parte, en todos los ejemplos citados por los protestantes hay semejanza y analogia entre el signo y la cosa significada; pero ¿qué semejanza existe entre el pan y el cuerpo de Jesucristo? Ninguna. Mas si el Salvador ha hecho del pan su propio cuerpo, es cierto desde este momento que lo que parece pan es el signo del cuerpo de Jesucristo, puesto que entonces no aparece á nuestros ojos este cuerpo sino bajo las cualidades sensibles de pan. Así los pasajes de los PP. que llaman al pan consagrado el *signo del cuerpo de Jesucristo*, lejos de probar el sentido figurado de las palabras del Salvador, prueban todo lo contrario, pues este pan no puede ser la señal del cuerpo, á menos que el cuerpo no exista verdaderamente bajo el signo de pan. Al decir *este es mi cuerpo*, Jesucristo nada cambió en lo exterior del pan; el pan consagrado no se parece mas al cuerpo de Jesucristo, que el pan no consagrado; por tanto no puede ser el signo de este cuerpo, si Jesucristo no lo convierte en él y no cambia la sustancia misma del pan.

El medio de *prescription* consiste en decir á los protestantes: « Cuando vosotros nacisteis, toda la Iglesia cristiana creia la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la *Eucaristia*; ha sido pues creida siempre del mismo modo desde los apóstoles hasta nosotros. Es imposible que acerca de un sacramento que es de uso diario, que constituye la principal parte del culto de los cristianos, la creencia comun haya podido cambiar, sin que este cambio haya causado ruido, disputas, y dado ocasion á hablar de él en los concilios celebrados en todos los siglos; y en ninguna parte se ha suscitado cuestion alguna acerca de dicho sacramento. Es imposible que en todo Oriente y Occidente los pastores y doctores de la Iglesia hayan conspirado todos de comun acuerdo en hacer este cambio, ó le hayan hecho todos sin apercibirse de ello. Es imposible que ninguno de los herejes condenados por la Iglesia católica, descontentos y furio-

sos contra ella, no la hayan echado en cara este cambio si fuese real y positivo, ó que ninguno de ellos no lo haya observado, etc. Este argumento ha sido tratado con mucha fuerza en la *Perpetuidad de la fe*, t. 4, l. 9, c. 11. El autor ha puesto en evidencia lo absurdo de todas las suposiciones que los protestantes se han visto obligados á hacer para fascinar la imaginacion con un pretendido cambio acaecido á este propósito en la fe de la Iglesia.

Una prueba positiva de que la creencia relativa á la *Eucaristia* nunca ha sido el mismo, es que el lenguaje siempre ha sido el mismo. En todos los siglos los PP. los concilios, las liturgias, las confesiones de fe y los autores eclesiásticos se sirven de unas mismas expresiones y presentan el mismo sentido.

En efecto comenzando por S. Ignacio, uno de los PP. apóstólicos, y siguiendo la cadena de los autores eclesiásticos de siglo en siglo hasta nosotros, no hay casi uno solo de estos escritores que no presente testimonios claros y expresos de la creencia de la Iglesia sobre este punto esencial: todas las liturgias, aun la que se atribuye á los apóstoles, las de S. Basilio, de S. Juan Crisóstomo, la antigua liturgia galicana, la liturgia mozárabe, la de los nestorianos, las de los jacobitas sirios, coptos y etiopes están exactamente conformes con la misa romana, tal como está en uso en el dia en toda la Iglesia católica: todas contienen clara y terminantemente la doctrina de la presencia real y de la transustanciacion. Este hecho ha sido puesto en evidencia en la *Perpetuidad de la fe*, t. 4 y 5, y por el Padre Le Brun, *Explic. de las ceremonias de la misa*, etc.

\* M. de Trevern (*Discusion amistosa sobre la Iglesia anglicana, y en general sobre la reforma*, t. 2, carta 10, apéndice, p. 38) ha reunido los testimonios de los PP., de donde resulta la prueba de que el dogma de la presencia real, reconocido desde los primeros siglos de la Iglesia, sube hasta los apóstoles, y por consiguiente hasta Jesucristo. De los testimonios que recopiló M. de Trevern, alegaremos los siguientes:

San Ignacio de Antioquia, discipulo de los apóstoles, hablando de ciertos herejes que negaban la realidad del cuerpo de Nuestro Señor, dice: « Se alzan de la *Eucaristia* y de la oracion, porque no confiesan que la *Eucaristia* sea la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la que padeció por nuestros pecados, la que el Padre por su bondad ha resucitado. » *Epist. ad Smyrn.*

S. Ireneo, en el libro 4 *contra las herejías*, c. 17 al 32, habla de este modo: « Habiendo tomado Jesucristo lo que por su naturaleza

era pan, lo bendijo, y dió gracias diciendo: *Este es mi cuerpo*. E igualmente habiendo tomado el cáliz... confesó que esta era su sangre: enseñó la nueva oblation de su Testamento: la Iglesia la ha recibido de los apóstoles, y la ofrece á Dios en todo el universo. »

En el mismo libro, c. 34, refuta este doctor de esta suerte á ciertos herejes que negaban que Jesucristo fuese Hijo del Criador: « ¿ Y cómo pues asegurarán que este pan sobre el cual se tributan acciones de gracias es el cuerpo de su Señor, y el cáliz de su sangre, si dicen que no es el Hijo del Criador del mundo, esto es, el Verbo de aquel por quien los sarmientos de la viña fructifican, fluyen las fuentes, y la tierra produce primero la yerba, después la espiga y finalmente el trigo en la espiga? »

Tertuliano, en su libro de la *Idolatria*, c. 7, hablando de los que se acercan á recibir indignamente la *Eucaristia*, compara su crimen al de los judios que pusieron sus manos sacrilegas sobre el cuerpo de Nuestro Señor.

En el libro de la *Resurreccion del cuerpo*, c. 8, dice que *nuestra carne se alimenta del cuerpo y sangre de Jesucristo, de suerte que nuestra alma se nutre con el mismo Dios*.

Nuestro Señor, dice en otra parte, habiendo tomado pan, lo convirtió en su propio cuerpo, diciendo: *Hoc est corpus meum*. (L. 4, *contra Marcion*, c. 40.)

Orígenes (*hom. 9, sobre el Lévitico*, n. 10): « No os aficionéis á la sangre de los animales, sino antes bien aprended á conocer la sangre del Verbo, y escuchad todo cuanto él mismo dice: *Esto es mi sangre*. El que está penetrado de los misterios conoce la carne y la sangre del Verbo de Dios. No insistamos pues en asuntos conocidos por los iniciados, y que no deben serlo por los que no lo son.

« Cuando recibis el sagrado alimento y esta manjar incorruptible, cuando gustais el pan y la copa de vida, comed y bebed el cuerpo y sangre del Señor: entonces el Señor entra bajo vuestro techo. Debeis pues humillaros, é imitando al centurion decir con él: Señor, yo no soy digno de que entreis en mi casa. »

S. Cipriano, al aproximarse una persecucion, exhortaba de este modo á los fieles: « Aprestámonos á combatir; no nos ocupemos sino en alcanzar la gloria y la corona de una vida eterna confesando al Señor... El combate que se acerca será mas cruel y mas feroz que nunca; por medio de una fe inalterable es como los soldados de Cristo deben prepararse para la pelea, meditando que deben todos los dias el cáliz de su sangre, á fin de hallarse en tal caso con las mejores

disposiciones para derramar la suya por Cristo. » (*Epist.* 56.)

Ponderando la inocencia de un cristiano que al salir de la Iglesia iba al teatro: « Apenas se despide del templo del Señor, dice, el infiel se dirige hacia el teatro, llevando consigo al espectáculo el sagrado cuerpo de Jesucristo.

« Debemos amarnos con la coraza de justicia, para que nuestro corazon quede á cubierto de las flechas que el arrojé el enemigo... Fortifiquemos nuestra vista, á fin de que no se fije en estos ídolos detestables; fortifiquemos la boca, para que nuestra lengua victoriosa confiese al Señor y su Cristo; armemos nuestra mano con la espada espiritual, á fin de que rechace con intrepidez estos funestos sacrificios; y que al recuerdo de la *Eucaristia* esta mano que ha recibido el cuerpo del Señor, abrace á su Dios y le estreche, asegurada en que recibirá bien pronto de él el galardón de la corona celestial. » (*Lib. acerca de los espectáculos*.)

Firminiano, obispo de Césarca, en una carta dirigida á S. Cipriano: « ¡Cuán enorme es el delirio, exclama, no solo por parte de los que admiten, sino tambien de los que son admitidos, cuando con harta temeridad para usurpar la comunión, antes de haber confesado sus pecados y lavado sus manchas en el baño de la Iglesia, tocan el cuerpo y sangre del Señor, puesto que está escrito: Todo el que comiere este pan, ó bebiere indignamente el cáliz del Señor, será reo del cuerpo y sangre del Señor! »

Los PP. del concilio de Nicea, el primero ecuménico: « Decretamos nuevamente que no basta estar humildemente atento al pan y vino ofrecidos sobre este altar divino; sino que elevando nuestro entendimiento, comprendamos por medio de la fe este Cordero de Dios tendido sobre este altar sagrado quitando los pecados del mundo, inmolado por los sacerdotes de un modo incruento; y al tomar verdaderamente su cuerpo precioso y su sangre, creamos que nos la prenda de nuestra resurreccion. »

S. Hilario: « Adhirámonos, dice, á lo que está escrito, si queremos cumplir los deberes de una fe perfecta. Pues seria una locura é impedir el profetir semejantes palabras acerca de la verdad natural de Jesucristo por nuestra parte, á menos que él mismo no nos las haya enseñado. El es quien nos dijo: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es ciertamente bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mi y yo en él. No

deja *motivo alguno de duda acerca de la verdad de su carne y de su sangre*, puesto que el Señor declara y nuestra fe nos enseña que es verdaderamente carne y sangre lo que constituye el sacramento de la Eucaristía; y consumidas ambas cosas hacen que habitemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros. » (Lib. 8, sobre la Trinidad.)

S. Efrén, diácono de Edesa, escribiendo contra la curiosidad de sondear los arcanos de la naturaleza, se expresa de este modo acerca del misterio de la Eucaristía: « El ojo de la fe, cuando semejante á la luz brilla en el corazón de un cristiano, contempla al descubierto el Cordero de Dios, que ha sido inmolado por nuestra salvación, y que nos ha dado su cuerpo santo y sin mancha para que nos sirva de alimento continuamente... El que está dotado de este ojo de la fe descubre á Dios con una claridad intuitiva, y una fe plena y bien segura; como el cuerpo sagrado y bebe la sangre del Cordero sin mancha, sin entregarse acerca de esta santa y divina doctrina á investigaciones curiosas... Por qué sondeáis lo que no tiene fondo? Si indagáis con curiosidad, ya no merecéis el nombre de fiel, sino el de curioso. Sed pues inocente y fiel. Participad del cuerpo immaculado y de la sangre del Señor con una fe muy plena, seguros de que coméis el Cordero mismo todo entero. Pues los misterios de Cristo son un fuego inmortal, guardaos de sondearlos con temeridad, no sea que al participar de ellos os abrasen. El patriarca Abraham sirvió en otro tiempo alimentos terrestres á unos ángeles celestiales, quienes los comieron. Un gran prodigio fué sin duda el ver á unos seres espirituales tomar sobre la tierra un nutrimento animal. Pero lo que excede á toda admiración, á toda nuestra inteligencia y á todo cuanto se puede expresar, es lo que el Hijo único Nuestro Señor Jesucristo ha hecho por nosotros. Pues á nosotros, hombres carnales, nos hace comer y beber el fuego y el espíritu mismo, esto es, su cuerpo y su sangre. Por mi parte, hermanos míos, no pudiendo comprender con el entendimiento los sacramentos de Cristo, no solo no me atrevo á superar los límites, pero ni aun intento llegar á la altura de estos misterios profundos y sagrados; y si quisiera hablar de ellos temerariamente, no por eso los comprendería mejor. No sería mas que un temerario, un insensato, azotando el aire con mis vanos é inútiles esfuerzos. Pues así como el aire se desliza con la mayor velocidad por ser un cuerpo raro y sutil, así estos santos, venerables y tremendos misterios

superan todas las fuerzas de mi ingenio.»

S. Optato, obispo Milevitano, echa en cara á los donatistas sus atentados en estos términos: « ¿Hay un sacrilegio igual al de destruir y destruir los altares de Dios, sobre los cuales vosotros mismos habéis sacrificado otras veces? Estos altares donde se han ofrecido los votos de los pueblos y depositado los miembros de Jesucristo; donde el Todopoderoso ha sido invocado, y descendido su Espíritu Santo; unos altares en que tantas fieles han recibido la prenda de la vida eterna, el escudo de la fe y la esperanza de la resurrección... ¿Qué os habia pues hecho Cristo, cuyo cuerpo y sangre habitaron por instantes sobre estos altares?... Y para redollar aun esta execrable maldad habéis hecho pedazos los cálices que contenían la sangre de Jesucristo: *Christi sanguinis portatores*; ¡oh crimen abominable! ¡oh maldad iniquita! Habéis imitado á los judíos: estos traspasaron el cuerpo de Jesucristo en la cruz, y vosotros lo habéis herido en el altar. » (Lib. 6, Cont. Parmenion.)

S. Cirilo de Jerusalem *Catech. Myst. 4*: « La doctrina del bienaventurado Pablo; basta por sí sola para daros testimonios ciertos de la verdad de los divinos misterios? » (Cita los textos de S. Pablo á los corintios, y continúa de esta manera): « Puesto que Jesucristo, al hablar del pan, declaró que era su cuerpo, y puesto que al hablar del vino, aseguró de positivo que era su sangre, ¿quién se atreverá jamás á poner en duda esta verdad? Anteriormente, en Caná de Galilea, convirtió el agua en vino por sola su voluntad; y juzgáremos que no es bastante digno para hacernos creer bajo su palabra que hara convertido el vino en su sangre? Si habiendo sido invitado á asistir á unas bodas humanas sin que se esperase, ¿no deberemos también reconocer con mayor motivo á quien dió á los hijos del esposo celestial á comer su cuerpo y beber su sangre, á fin de que lo recibamos, como que son indudablemente su cuerpo, y su sangre? Pues bajo la especie de pan, nos da su cuerpo y bajo la especie de vino, nos da su sangre, para que seamos participantes de este cuerpo y de esta sangre, y yongamos á ser un mismo cuerpo y una misma sangre con él... Por cuya razon os ruego encarecidamente, hermanos míos, no los consideréis en lo sucesivo como un pan común, ni como vino común, pues que son el cuerpo y sangre de Jesucristo, segun su palabra. Pues aunque los sentidos no descubren semejante misterio, la fe os lo debe persuadir y asegurar. No juzguéis pues acerca de esta verdad

por el gusto; sera la fe la que os haga creer con entera certeza que se os ha hecho dignos de participar del cuerpo y sangre de Jesucristo... Alégrese vuestra alma en el Señor, persuadidos como de una cosa muy cierta que el pan que aparece á nuestros ojos, no es pan, por mas que el gusto lo juzgue tal, sino que es el cuerpo de Jesucristo; y que el vino que aparece á nuestra vista no es vino, aun cuando el sentido del gusto no lo perciba como vino, pues es la sangre de Jesucristo.»

S. Gregorio Nacianceno, en su *Discurso sobre la pascua*, dirigiéndose á los fieles, les dice: « No vacite vuestra alma, cuando oigáis hablar de la sangre, de la pasión y de la muerte de Dios; sino por el contrario comed el cuerpo y bebed la sangre sin titubear, si suspiráis por alcanzar la vida eterna. Jamás dudéis de todo cuanto os hemos dicho acerca de su carne; no os escandalicéis de su pasión; sed constantes, firmes y estables, sin que os dejéis conmover en manera alguna por los discursos de nuestros adversarios.»

S. Gregorio Niseno: « Razón tengo pues para creer que el pan, santificado por la palabra de Dios, se transforma, convirtiéndose en cuerpo del Verbo-Dios; pues este pan queda santificado, como habla el Apóstol, por medio de la palabra de Dios y por la oración, no de tal suerte que al tiempo de comer y beber de él se convierta en el cuerpo del Verbo, sino que se efectúa esta conversión al instante en cuerpo en virtud de la palabra, así como lo dijo el Verbo, *este es mi cuerpo*. »

Concluye este capítulo, observando que « por la virtud de la bendición es por la que la naturaleza de unas cosas visibles se convierte en su cuerpo: *Virtute benedictionis in illud transubstantiata eorum que apparent natura*. » (Orat. *Catech.*, c. 37.)

S. Ambrosio, *Discurso á los neófitos*, e. 9: « Considerad, os ruego, vosotros que debéis participar pronto de los santos misterios, cuál es mas excelente, el sustento que Dios dió á los israelitas en el desierto, llamado el pan de los ángeles, ó la carne de Jesucristo, la cual es el cuerpo mismo de aquel que es el que el maná que caía del cielo, ó aquel que está encima del cielo... El agua manó del seno de una roca en favor de los judíos, mas para nosotros la sangre manó del mismo Jesucristo... Así es que esta comida y esta bebida de la antigua ley no eran mas que figuras y sombras; pero la comida y bebida de que hablamos es la verdad. Pues si lo que vosotros admiráis no era mas que una sombra, ¿cuán grandiosa debe ser la cosa cuya sola sombra os parece tan admirable?

Así pues la luz es mas excelente que la sombra, la verdad que la figura, y el cuerpo del Criador del cielo que el maná que caía del cielo. Pero quizá me diréis: ¿Cómo nos aseguráis que es el cuerpo de Jesucristo lo que recibimos, puesto que vemos otra cosa? Esto es lo que nos resta probar aquí. Encontramos pues una infinidad de ejemplos para mostrar que lo que se recibe en el altar no es lo que ha sido formado por la naturaleza, sino lo que ha sido consagrado por la bendición, y que esta bendición es mucho mas poderosa que la naturaleza, como que muda la naturaleza misma. Moisés tenía una vara en la mano; la arroja al suelo, y fué convertida en serpiente; coge despues la cola de la serpiente, la que volvió á tomar al punto su primera forma y su primera naturaleza... Pues si la simple bendición de un hombre tuvo bastante virtud para transformar la naturaleza, ¿qué diremos de la propia consagración divina, en que las palabras mismas del Salvador obran todo lo que allí se hace? Pues este sacramento que recibís está formado por las palabras de Jesucristo. Si la palabra de Elias pudo hacer bajar fuego del cielo, ¿la palabra de Jesucristo no podrá cambiar la naturaleza de las cosas criadas?

» Habéis leído en la historia de la creación del mundo, que habiendo Dios hablado, todas las cosas fueron hechas. Si pues la palabra de Jesucristo pudo de la nada dar el ser á lo que no existía aun, ¿no podrá transformar en otra naturaleza las que ya existían, puesto que no se podrá negar cuánto mas difícil sea dar el ser á las cosas que no le tienen, que mudar la naturaleza de aquellas que recibieron ya el ser? Sirvamosnos de los ejemplos que Dios nos da, y establezcamos la verdad de este misterio de la Eucaristía con el ejemplo de la Encarnación del Salvador. El nacimiento de Jesucristo de Maria ha seguido el uso ordinario de la naturaleza? No hay duda en que este orden no se observó en dicho nacimiento, siendo pues visible que superó el orden de la naturaleza el que una Virgen llegase á ser madre sin dejar de ser Virgen. Así que este cuerpo que producimos en este sacramento es el mismo cuerpo que nació de la Virgen Maria; ¿Por qué buscáis el orden de la naturaleza en la producción del cuerpo de Jesucristo en este sacramento, puesto que es tambien superior al orden de la naturaleza el que este mismo Señor haya nacido de una Virgen? Esta es la verdadera carne de Jesucristo que fué crucificado y sepultado. Esta es pues también, segun la verdad, el sacramento de esta carne. El mismo Jesucristo dijo: *este es mi cuerpo*. Antes de la

consagración, la cual se hace en virtud de estas celestiales palabras, se da a este otro nombre; pero, después de la consagración, se llama cuerpo de Jesucristo. Dice también: *esta es mi sangre*. Antes de la consagración se llama de otra manera lo que hay en el cáliz; mas después se llama sangre de Jesucristo. Así es que respondeis *amen*, cuando se os da, es decir, es cierto. Creed pues verdaderamente de corazón lo que confesáis con la boca; y sean vuestros sentimientos interiores conformes con vuestras palabras. Jesucristo sustenta a su Iglesia por medio de este sacramento, que fortifica la sustancia de nuestra alma. Este es un misterio que debéis conservar cuidadosamente vosotros mismos... y no comunicarle a los que no son dignos de él, ni publicar los secretos divinos ante los infieles por una excesiva ligereza en hablar. Debeis por consiguiente vigilar con gran cuidado por la conservación de la fe, á fin de guardar siempre inviolablemente la pureza de vuestra vida y la fidelidad de vuestro secreto.»

S. Epifanio, en su *Exposición de la fe*: «La Iglesia es el puerto tranquilo de la paz; se respira en su seno una suavidad que recuerda los perfumes de la viña de Chipre; en ella se recogen los frutos de bendición. La Iglesia nos presenta también todos los días esta bebida tan eficaz para disipar nuestras acoñas. quiero decir, la *sangre pura y verdadera de Jesucristo*.»

S. Juan Crisóstomo: «Las estatuas de los soberanos sirvieron con frecuencia de asilo á los hombres que se refugiaban junto á ellas, no porque fuesen de metal, sino porque representaban la figura de los príncipes. Así la sangre del cordero salvó á los israelitas, no porque fuese sangre, sino porque figuraba la sangre del Salvador y anunciaba su venida. Al presente pues, si el enemigo percibiese, no la sangre del cordero figurativo marcada sobre nuestras puertas, sino la *sangre de la verdad resplandeciente en la boca de los ángeles*, mucho mas huiría de ellos. Pues si el ángel pasó de largo á la vista de la figura, ¿cuánto mas se asombraría el enemigo al aspecto de la verdad?... Considerad, añade después, con qué alimento nos sustenta y satisface. *Él mismo es para nosotros la sustancia de este alimento, él mismo es nuestra comida*; porque así como una tierna madre, poseída de un afecto natural, se apresura á sustentar á su hijo con toda la abundancia de su leche, así Jesucristo *alimenta con su propia sangre á los que regenera*.» (*Homilía á los neófitos*; *Homilía sobre S. Juan*; *Homilía 61 al pueblo de Antioquia*.)

En otra parte: «Obedezcamos pues á Dios en todas las cosas; no lo contradigamos, aun cuando lo que nos dice parezca repugnar á nuestras ideas y á nuestros ojos. Refugiarnos su palabra á nuestra vista y á nuestros pensamientos. Apliquemos este principio á los misterios. No hagamos caso de lo que está expuesto á nuestra vista, sino atendamos á su palabra, pues es infalible, y nuestros sentidos están expuestos á ilusión. Por consiguiente una vez que el Verbo dijo: *este es mi cuerpo*, obedezcamos, creamos y veamos este cuerpo con los ojos del alma, ya que Jesucristo nada nos ha dado sensible, sino bajo *cosas sensibles* objetos que no se conocen sino con el espíritu... Pues si no tuviérais cuerpo, los dones que os ha concedido hubieran sido simples, y nada tendrían de corporales; mas como vuestra alma está unida á un cuerpo, bajo *cosas sensibles*, os presenta unos objetos que no lo son. ¿Cuántas personas habrá que digan en la actualidad: quisiera ver perfectamente su forma, su figura, sus vestidos y su calzado? Y hé aquí que lo veis, que le tocáis á él mismo, que le coméis á él mismo. Quisierais ver sus vestidos, pero él se entrega á vosotros, no solo para ser visto, sino palpado, comido, y recibido interiormente... Si no podeis mirar, sin una extrema indignación, la traición de Judas y la ingratitude de los que le crucificaron, tened cuidado de no haceros vosotros mismos culpables de la profanación de su cuerpo y de su sangre. ¡Estos desventurados hicieron sufrir la muerte al sacratísimo cuerpo del Señor, y vosotros le recibís con un alma impura y sucia, después de haber recibido de su mano tantos bienes! Pues no contento con hacerse hombre y sufrir las ignominias, quiso sin embargo mezclarse y unirse á vosotros, desuerte que formáis un mismo cuerpo con él, y no solo por la fe, sino efectivamente y en la misma realidad.

¿Cuán puro no debería estar aquel que participa de un sacrificio semejante? ¿Cuánto mas pura que los rayos del sol debería estar la mano que distribuye esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, y la lengua que se tñe con esta sangre formidable! ¿Pensad en el honor á que habeis sido elevados, en la mesa á que sois admitidos! Aquel á quien los ángeles tiemblan ver desde lejos, y á quien no se atreven á contemplar sin espanto, á causa del esplendor que resalta de su persona descendiendo á nosotros, somos alimentados con su misma sustancia, confundimos la nuestra con la suya, y formamos una misma carne, una misma carne. ¿Quién será capaz de referir las maravillas

del Señor? ¿quién hará dignamente oír sus alabanzas? ¿qué pastor ha alimentado nunca á sus ovejas con sus propios miembros? ¿Y qué digo pastor? Las mismas madres entregan algunas veces sus hijos á nodrizas extrañas. Pero el Señor no sufre que los suyos sean tratados así. El mismo los sustenta con su propia sangre y se les une enteramente... Jesucristo, que en otro tiempo obró estas maravillas en la cena que celebró con sus apóstoles, es el mismo que las obra al presente. Nosotros ocupamos en la tierra el lugar de sus oficiales y ministros; mas él es quien santifica estas ofrendas, y las convierte en su cuerpo y en su sangre... Dirijo mi discurso no solo á los que participáis de los misterios, sino también á los que sois sus dispensadores... Y vosotros, oh legos, cuando os aproximáis al cuerpo sagrado, creed que le recibís de la mano invisible de Jesucristo. Porque aquel que aun hizo mas, esto es, que se ha puesto por sí mismo sobre el altar, no se desdenará de presentarnos su cuerpo. «El grande obispo pasa después al deber de la caridad, á la que ensalza magníficamente como la mas excelente disposición para los misterios, y aludiendo á la cena de Jesucristo, añade: «No era de plata el altar en que estaba sentado; no era de oro el cáliz del cual *derramó su propia sangre* para sus apóstoles; y sin embargo este era tan precioso, como formidable, por el espíritu de que estaba lleno...» (*Homilía 60 al pueblo de Antioquia*.)

S. Gaudencio, obispo de Bressa, se expresa así: «En la sombra y figuras de la antigua pascua no se mataba un cordero solo, sino muchos, á saber, uno en cada casa; porque uno solo no pudo ser suficiente para todo el pueblo, porque este misterio no era mas que la figura y no la realidad de la pasión del Señor. Pues la figura de una cosa no es la realidad de ella, sino solo es su representación é imagen. Así, sin embargo de que en la verdad de la ley nueva un solo cordero murió por todos, es cierto que siendo también inmolido por todas las casas, es decir, sobre todos los altares de las Iglesias, sustenta bajo los misterios del pan y del vino á los que le inmolan... *Esto es verdaderamente la carne del Cordero, es la sangre del Cordero*. Pues este es el mismo pan vivo bajado del cielo, que dijo: El pan que yo daré es mi propia carne. Su sangre está muy bien representada bajo la especie del vino, como que al decir en el Evangelio: Yo soy la verdadera vid, declara suficientemente que el vino que se ofrece en la Iglesia en figura y memoria de su pasión, es su propia sangre... Por tanto este

misimo Señor y soberano Criador de todas las cosas es el que habiendo formado de la tierra pan, *forma de nuevo* el presente de este mismo pan su propia carne, porque pudo hacerlo, y porque lo prometió; y este es el mismo que, habiendo en otro tiempo *convertido el agua en vino, convierte al presente el vino en su propia sangre*.

«La Escritura que se ha leído, concluyendo por medio de un fin excelente y misterioso cuanto habia dicho, añade: Esta es la pascua del Señor; ¡oh sublimidad de riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Esta es la pascua del Señor, dice la Escritura, esto es, es pasaje del Señor, á fin de que no toméis como terrestre lo que se ha hecho todo celestial por la operación de aquel que quiso pasar á ser *él mismo el pan y el vino, haciendo que ambas cosas fuesen su cuerpo y su sangre*.

«Lo que hemos expuesto aquí arriba en términos generales en orden al modo de comer la carne del cordero pascual, lo debemos observar particularmente en el modo de recibir los mismos misterios de la pasión del Señor. No debéis desearlos juzgando que es carne cruda y sangre cruda, como hicieron los judíos, ni decir como ellos; ¿cómo pueden darnos á comer su carne? Tampoco debéis concebir para vosotros mismos que este sacramento es como una cosa comun y terrenal, sino, por el contrario, *debéis creer con firmeza*, que en virtud del fuego del Espíritu Santo, este sacramento ha llegado con efecto á ser lo que el Señor asegura que es. Pues lo que vosotros recibís es el cuerpo de aquel que es el *pan vivo y celestial*, y la sangre de aquel que es la vid sagrada. Y sabemos que cuando presentó á sus discípulos el pan y el vino consagrados, les dijo: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Creamos, pues, os lo suplico, en aquel en quien ya anteriormente hemos creído; la verdad es incapaz de engaño. Por tanto, así como se mandó en la ley antigua comer la cabeza del cordero pascual con sus pies, debemos en la actualidad, en la ley nueva, comer á la vez la cabeza de Jesucristo, que es su divinidad, con sus pies, que son su humanidad, todo lo cual está unido y conluto en los sagrados y divinos misterios, creyendo igualmente todas las cosas, como que se nos han enseñado por la *tradición de la Iglesia*, absteniéndonos de hacer peccados este hueso, esto es, de negar esta verdad salida de su boca: *este es mi cuerpo, esta es mi sangre*.

«Si después queda algo que no hayais comprendido bien en esta explicación, es necesario acabar de consumarla por medio del

ardor de la fe. Pues nuestro Dios es un Dios que consume, que purifica é ilumina nuestras almas para hacernos concebir las cosas divinas, á fin de que, descubriendo las causas y razones misteriosas del mismo sacrificio todo celestial instituido por Jesucristo, podamos tributarle eternas acciones de gracias por un don tan grande é inefable, porque esta es la verdadera herencia de su nuevo Testamento que nos dejó en la noche misma de su pasión como prenda de su presencia. Este es el Viático con que somos alimentados y fortificados en la peregrinación de esta vida, hasta que entremos en el cielo, y para que nos recogemos plena y claramente en aquel que, á habitar en la tierra, nos dijo: Si no comiereis mi carne y no bebiereis mi sangre, no tendréis la vida en vosotros. Quiso que nos alegrásemos siempre de haber recibido sus gracias y beneficios; quiso que su sangre preciosa santificase continuamente nuestras almas con la imagen de su pasión. Esta es la razón por qué mandó á sus fieles discípulos, á quienes había establecido para ser los primeros pastores de su Iglesia, *celebrar sin interrupción estos misterios de la vida eterna, hasta que Jesucristo descienda de nuevo del cielo, á fin de que los pastores y todo el resto del pueblo fiel, teniendo todos los días ante los ojos la imagen de la pasión de Jesucristo, llevándola en sus manos, y aun recibiendo-la en su boca y en su estómago, el recuerdo de nuestra redención no se borrase nunca de nuestra memoria, y para que tuviéramos siempre un remedio favorable y un preservativo seguro contra los venenos del diablo. Recibid, pues, como nosotros, con toda la avidez de vuestro corazón, este sacrificio de la pascua del Salvador del mundo, para que seamos santificados en el fondo de nuestras almas y de nuestras entrañas por nuestro Señor Jesucristo, el mismo que creemos estar presente en sus sacramentos.* » (Tratado 2 sobre la naturaleza de los sacramentos.)

S. Jerónimo, en su *Comentario sobre S. Mateo*, dice: « Que después del cumplimiento alegórico y la manducación del cordero pascual, Jesucristo pasó al verdadero sacramento de la Pascua, y que así como Melquisedec había ofrecido en figura pan y vino, Jesucristo hizo efectiva la verdad de su cuerpo y de su sangre. » Y en otra parte dice: « Que hay tanta diferencia entre los panes de la proposición y el cuerpo de Jesucristo, como entre la sombra y el cuerpo, la imagen y la verdad, la figura de unas cosas que han de suceder, y lo que se representa por estas figuras. » (Sobre la epístola á Tito.)

« ¿Quién podrá tolerar, dice en su carta 85 á Evagrius, que un ministro de los altares y de las viudas se eleve con presunción sobre ellos respecto á las oraciones con que se forman el cuerpo y sangre de Jesucristo? »

« Por lo que hace á nosotros, escribe en su carta á Hedibia, comprendemos que el pan que partió el Señor y que dió á sus discípulos, es el cuerpo de nuestro Señor, pues que el mismo dijo: *Este es mi cuerpo*, Moisés no dió el pan verdadero, sino solo el Señor Jesús, el cual, estando sentado en el festín, come y se da él mismo á comer. »

« No permita Dios que yo diga cosa alguna en perjuicio de aquellos que, sucediendo á la dignidad apostólica, forman el cuerpo de Jesucristo en virtud de su palabra sagrada. » (Epístola á Heliodoro.)

Y en otra parte llama al sacerdote un mediador entre Dios y los hombres, que produce el cuerpo de Jesucristo en virtud de las palabras que salen de su sagrada boca.

S. Agustín, sermón 83, dice á los fieles: « Debeis saber lo que habeis recibido, lo que recibis, y lo que veis sobre el altar, estando consagrado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Jesucristo: este cáliz, ó mas bien lo que hay en el cáliz, estando santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Jesucristo. »

Además: « Recibimos con un corazón y una boca fiel al mediador de Dios y de los hombres, Jesucristo, que nos da á comer su cuerpo y á beber su sangre, aunque parecemos horrible comer de la carne de un hombre que muerde, y beber de su sangre humana que derramara. » (Libro contra los adversarios de la ley y de los profetas.)

Sobre el salmo 39: « Los sacrificios antiguos han sido abolidos, como que no contenían mas que simples promesas, y se nos han dado los que contienen el cumplimiento. ¿Qué es lo que se nos ha dado como complemento ó realización de estas promesas? El cuerpo que concebís, pero que no todos conocéis; y ¡plazca á Dios que ninguno de los que le conocen, no le conozca para su condenación! Vosotros no habeis querido, dice Jesucristo, sacrificio y oblation. Pues qué, ¿estamos al presente sin sacrificio? ¡No lo permita Dios! Pero vosotros me habeis formado un cuerpo. Habeis desechado estas sacrificios á fin de formar este cuerpo, y antes de que fuese formado manifestasteis vivos deseos de que se os le ofreciera. La realización de las cosas prometidas hizo cesar las promesas. Porque si estas promesas subsistiesen, sería señal de que no estaban cum-

plidas. Este cuerpo estaba prometido por algunos signos. Los signos que denotaban la promesa han sido abolidos, porque se ha dado la verdad prometida. Nosotros habíamos en este cuerpo, y somos participantes de él. »

En el libro 2, c. 6, acerca de las *Cuestiones de Januarius*, dice: « Parece evidente que los discípulos, la primera vez que recibieron el cuerpo y sangre del Señor, no le recibieron en ayunas. ¿Se deberá por esto calumniar á la Iglesia universal, porque no se los recibe sino antes de haberse desayunado? Plugo al Espíritu Santo por honor hácia tan gran misterio, que el cuerpo del Señor entrase en la boca del cristiano antes que toda otra clase de alimento, y hé aquí la razón por que ha prevalecido esta costumbre en el universo entero. »

Y sobre estas palabras era llevado en sus manos, hé aquí cómo se expresa este santo doctor: « Pero ¿cómo es posible que acontezca esto á ningún hombre? Y ¿quién podrá comprenderlo, hermanos míos? Porque ¿quién es el hombre que se lleva ciertamente en sus manos? Todo hombre puede ser llevado en manos de otro, pero en las suyas propias nadie. No vemos cómo se pueda entender esto á la letra de David, sino mas bien respecto de Jesucristo; pues solo él era llevado en sus propias manos, cuando recomendando su propio cuerpo dijo: *Este es mi cuerpo*; en cuya ocasión llevaba su cuerpo en sus manos. Ningun hombre puede hacer lo que hizo entonces Jesucristo: así que todo hombre puede llevarse á sí mismo en figura y en representación; mas no es así cómo lo entendía respecto de Jesucristo el sabio obispo de Hipona.

S. Paulino, que escribió la vida de S. Ambrosio, refiere el modo con que recibió este la comunión antes de morir. Este pasaje es curioso en la parte que hace relación á la práctica antigua de la Iglesia, de dar al moribundo la comunión bajo una sola especie. « Honorato, obispo de Vercelli, ciudad del Piemonte (este obispo fué quien le asistió en su muerte), habiéndose retirado al piso alto de la casa para disfrutar algún tanto de sueño y de reposo, oyó una voz que le dijo por tercera vez: Levántaos, daos prisa, porque entregará pronto su alma á Dios. Apenas hubo bajado presentó al santo el cuerpo de Nuestro Señor: le recibió, y en el momento en que le tragó (*quo accepto, ubi gluttit*), falló, llevando consigo un buen Viático, á fin de que su alma, fortificada con este manjar, pasase á gozar de la compañía de los ángeles. »

S. Cirilo Alejandrino, en un pasaje citado por Victor de Antio, se expresa como sigue:

« No dudeis de esta verdad, pues que Jesucristo nos asegura bien claramente que este es su cuerpo; antes bien recibid con fe las palabras del Salvador; pues siendo la verdad no puede mentir. »

El mismo patriarca enseña tambien, que « aquel que fué comido figurativamente en Egipto, se inmola voluntariamente á sí mismo en esta cena, y que después de haber comido la figura, por ser él á quien pertenecía cumplir las figuras legales, manifestó la realidad de ellas, presentándose á sí mismo como alimento de vida. » (Discurso sobre la cena mística.)

« Este misterio de que hablamos es terrible: lo que en él acontece es admirable. El Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, se sacrifica en él. El Padre se regocija en vista de tal portento, y el Hijo es inmolido en él voluntariamente, no por sus enemigos sino por sí mismo, á fin de hacer conocer á los hombres que los tormentos que ha sufrido con paciencia por su salvación, han sido de todo punto voluntarios. » (Ibidem.)

« Si Jesucristo, dice en el mismo lugar, no es mas que un simple hombre, ¿cómo es posible decir que da la vida eterna á los que se acercan á esta mesa? Y ¿cómo podría estar dividido aquí y allí y en todas partes sin disminuirse?. Tomemos el cuerpo de aquel que es la vida misma, que por nosotros habitó ya en el mundo; bebamos la sangre santificante de la vida, creyendo con fe que Cristo permanece siendo á la vez el sacerdote y la víctima, el que ofrece y el que es ofrecido, el que recibe y el que se da. »

En su *Comentario sobre S. Juan*: « A fin de que seamos reducidos á la unidad con Dios y entre nosotros, aunque separados de alma y cuerpo por la distinción que nos es posible concebir, el Hijo único de Dios halló un medio, el cual es una invención de su sabiduría y un consejo de su Padre. Pues uniendo en la comunión mística á todos los fieles por medio de un solo cuerpo, que es el suyo propio, forma de todos un solo cuerpo con él y entre ellos. Así, ¿quién podrá dividir y separar de la unión natural que tienen entre sí á los que están ligados en unidad con Jesucristo en virtud de este cuerpo único? Si participamos, pues, todos de un mismo pan, no formamos mas que un cuerpo, porque Jesucristo no puede dividirse. Esta es la razón por que á la Iglesia se la llama el cuerpo de Jesucristo, y por que nosotros somos llamados los miembros, según S. Pablo; pues estamos todos unidos á Jesucristo por medio de

su santo cuerpo, recibiendo en los nuestros propios este cuerpo único é indivisible, por lo que hace que nuestros miembros le pertenecían mas bien que á nosotros.»

En el duodécimo libro, explicando el pasaje del Evangelio en donde se dice que los soldados dividieron los vestidos de Jesucristo en cuatro partes, pero que no dividieron su túnica, dice: «*Quel las cuatro partes del mundo han alcanzado por suerte, y poseen sin division la santa vestidura del Verbo, es decir, su cuerpo; porque el Hijo único, aunque dividido en todos los fieles particulares, y santificando el alma y el cuerpo de cada uno por su propia carne, está, sin embargo, entero y sin division en todos, estando en todas partes, pues como dice S. Pablo, no puede estar dividido.*

«*Los judios disputaban entre sí diciendo: ¿Cómo es posible que este hombre nos dé á comer su carne? Este cómo es de todo punto judaico, y será la causa del último punto; pues aquellos serán reputados culpables de los crímenes los mas graves, que se atrevan á impugnar por medio de su incredulidad al excelente y supremo Criador de todas las cosas, y al que acerca de lo que quiere hacer tienen el suficiente desearo para que le merezca el cómo. El entendimiento rudo é indócil, cuando halla una cosa cualquiera que supera su capacidad, la desecha como una extravagancia: su ignorante temeridad le conduce á un orgullo extremado. Veremos cómo los judios cayeron en este exceso, si consideramos la naturaleza del caso. En efecto, debían sin titubear recibir las palabras del Salvador, cuya virtud toda divina habian admirado muchas veces, y la potestad invencible sobre la naturaleza, que habia patentizado en muchas ocasiones á su vista... Y hé aqui que profieren aun acerca de Dios este insensato cómo, apartando todo cuanto este lenguaje tiene de blasfemo, toda vez que reside en Dios el poder de hacerlo todo sin dificultad. Si tú persistes, ó judío, en profirir este cómo, á mi vez te preguntaré yo: ¿cómo fueron convertidas las aguas en sangre?... Mucho mas conveniente es creer en Cristo y prestar fe á sus palabras; mas conveniente les era solicitar y aprender el modo de la eulogía que exclaman tan inconsiderada y temerariamente: ¿Cómo puede estar darnos á comer su carne?... Por nuestra parte, al recibir los divinos misterios, tengamos una fe exenta de toda curiosidad; hé aqui lo que es preciso, y no hacer oír cómo en las palabras que se profieren en ellos.»*

Los PP. del concilio general de Efezo aprobaron y adoptaron la carta que S. Cirilo habia escrito á Nestorio, y en la que se leen estas palabras: «*Asi es igualmente como nos acercamos á las cosas místicas y benditas, y como somos mortificados haciéndonos participantes del sagrado cuerpo y de la preciosa sangre de Cristo Redentor de todos nosotros; no porque recibamos una carne común, lo que Dios no permita, ni aun la de un hombre santificado... sino una carne que es propia-mente la del mismo Verbo.*» Nestorio convenia con los católicos en que se comia realmente con la boca en la Eucaristía la carne de Jesucristo; es decir, segun Nestorio, la carne de un hombre santificado, y segun el concilio y S. Cirilo, la carne hecha en la del Verbo mismo, ó del Hombre-Dios.

Teodoro, acerca de la primera epístola á los corintios: «*El Apóstol hace que se acuerden los corintios de la sacramental cena en que el Señor, poniendo fin á la pasena simbólica, abrió las puertas del sacramento saludable, y dió su precioso cuerpo y su preciosa sangre, no solo á los once apóstoles, sino tambien al mismo Jidas.*» Y además sobre estas palabras: *Todo el que comiere este pan y bebiere este cáliz indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo.* Aquí el Apóstol habla contra los ambiciosos; tambien se dirige á nosotros, los que, con una conciencia mala, osamos recibir los divinos sacramentos. Esta sentencia, *será reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo*, significa que asi como Jidas le vendió y los judios le insultaron, igualmente le tratan con ignominia aquellos que reciben con manos impuras su santísimo cuerpo, y le hacen entrar en una boca inmunda.»

Además se puede juzgar acerca de la doctrina del mismo doctor por el rasgo siguiente, que refiere en su *Hist. ecles.*, l. 5. c. 47: «*Habiendo llegado á Milan el emperador Teodosio, despues de las muertes cometidas por su orden en la ciudad de Tesalónica, y queriendo entrar en la iglesia como tenia de costumbre, salió S. Ambrosio para impedirlo, y habiéndole encontrado fuera del pórtico mayor, le prohibió la entrada usando de estas palabras: ¿Con qué ojos podreis mirar, oh emperador, el templo de aquel que es Nuestro Señor comun? ¿Con qué piés os atrevéis á andar sobre una tierra santa? ¿Cómo os atrevéis á tocar el santísimo cuerpo del Salvador del mundo con esas mismas manos que están manchadas con la matanza de Tesalónica? ¿Y cómo os atrevéis á recibir esta preciosa sangre en vuestra boca, despues de haber pronunciado con ella en el furor de vuestra ira las injustas y crueles palabras*

que han hecho verter la sangre de tantos inocentes? Retiraos pues, y guardaos bien de empujarnos en añadir un nuevo crimen al que acabais de cometer!... Antos bien sufrid el quedar ligado en la forma que lo dispuso en el cielo el Dios que es el Señor y Rey de los reyes y pueblos, y respetad esta sagrada ligadura que tiene la virtud, fuerza y eficacia de curar vuestra alma de esta herida mortal y de darla la salud. El emperador, conmovido al oír estas palabras, volvió al palacio imperial gimiendo y llorando; y pasado largo tiempo, á saber, al cabo de ocho meses, el excelente Ambrosio le absolvió de su pecado.»

San León, *Discurso acerca del ayuno del sétimo mes*: «*Habiendo dicho el Señor: Si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros; comulgad pues en la mesa sagrada, de modo que no tengais duda alguna acerca de la verdad del cuerpo y sangre de Jesucristo, porque lo que se toma por la boca es lo que se cree por la fe, y en vano es que se responda amen (asi sea), si se disputa contra lo que se recibe en la sagrada mesa.*»

A esta cadena de tradicion objetan los protestantes que no hay apenas uno de los PP. y demás monumentos que no deponga en favor del sentido figurado; que no haya dicho que la *Eucaristía*, aun despues de la consagracion, es *figura, signo, antitipo, simbolo, pan y vino*. En efecto, todo esto es cierto, segun las apariencias exteriores; pero esto no excluye la presencia real de la cosa significada. Los PP. los liturgistas dijeron que la *Eucaristía* no era nada mas que *figura, signo, etc.*? Nada menos que esto se necesitaba para que saliese triunfante la causa de los protestantes. Todos los PP. exigen la fe y la adoracion, para participar de este misterio; no es necesaria la fe para comprender el sentido de un signo, ni tampoco es permitido adorarle.

Como los calvinistas pretenden que la cuestion primitiva de la Iglesia ha cambiado respecto á este punto, se han visto muy apurados, cuando les ha sido preciso designar la época, el modo y las causas de este cambio. Blondel cree que la opinion de la transustancion no tuvo principio hasta despues de Berengario. Aubertin, La Roque, Basnage y otros han retrocedido al sétimo siglo: Anastasio el Sinaita, dicen, fué el primero que enseñó que recibimos en la *Eucaristía*, no el antitipo, sino el cuerpo de Jesucristo.

Pero desgraciadamente para este sistema, S. Ignacio mártir, S. Justino, todos los PP. griegos de los seis primeros siglos y las li-

turgias de S. Basilio y de S. Juan Crisóstomo enseñan la presencia real tan claramente como el monje Anastasio. Por consiguientemente no ha sido este quien forjó este dogma.

Respecto al Occidente, Aubertin pretende que Pascasio Rathert, monje y despues abad de Corbia, en su *Tratado del cuerpo y de la sangre del Señor*, compuesto hácia el año 831, y dedicado á Carlos el Calvo en 844, fué el primero que desechó el sentido figurado y enseñó la presencia real; que esta novedad se estableció fácilmente en un siglo muy poco civilizado; que se granjeó con tanta rapidez los animos, que cuando Berengario quiso impugnarla doscientos años despues, se le opuso el consentimiento de toda la Iglesia, como establecida desde tiempo inmemorial en favor del dogma de la realidad.

Mas no solo se le objetó este consentimiento inmemorial, sino que se le probó; y Berengario no pudo nunca citar en su favor el sufragio de la antigüedad.

En efecto, los PP. latinos, comenzando por Tertuliano en el siglo III hasta el IX, no habian sino del mismo modo que los PP. griegos; las liturgias romana, galicana y mozárabe, tan antiguas como las iglesias de Occidente, están exactamente conformes acerca de la *Eucaristía* con la de los orientales.

«*Se concibe, por otra parte, que un monje haya conseguido abjurar á todos los talentos de su siglo en todas partes donde se habia establecido la Iglesia? En todos los siglos la menor innovacion en asunto de dogma ha causado un ruido espantoso; y se supone que sobre un artículo tan esencial como la *Eucaristía*, ha cambiado la fe sin que nadie se haya apercebido de ello. Mas Ratramno y Juan Scotescrribieron contra Pascasio Rathert, y él es el opuso el sufragio del universo entero: *Quod totus orbis credit et confitetur; estosson sus términos.**

Además, tampoco es cierto que el siglo IX carecia de luces, pues las que habian alumbrado á Carlo Magno no se habian aun apagado. Conocidos eran en Francia Hincmaro, arzobispo de Reims; Prudencio, obispo de Troyes; Floro, diácono de Lyon; Lobo, abad de Ferrieres; Christian Drutmar, monje de Corbia, cuyos escritos quisieron alterar los protestantes; Walfredo Strabon, monje de Fulda, muy instruido en antigüedades eclesiásticas; Esteban, obispo de Autun; Fulberto, obispo de Chartres; S. Mayeul, S. Ordon, S. Odilon, abades de Cluni, etc. En Alemania, S. Unny, arzobispo de Hamburgo, apóstol de Dinamarca y de la Noruega; Adalberto, uno de sus sucesores; Brunon, arzobispo de Co-